



V Sección

Dossier: Repensar las humanidades: una tarea permanente

El Humanismo implica educar para la emancipación, la superación de la barbarie y la competencia

Onofre Vilchis Carlos
Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México

aitet@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-5001-6957>

Recibido: 18 de febrero de 2018

Aceptado: 28 de abril de 2018

Resumen

En el presente artículo pretendo analizar la concepción educativa de Theodor W. Adorno, porque nos permite entender la relevancia actual del concepto de ser humano autónomo en la era de la sociedad capitalista. Aquí recupero el pensamiento de Adorno, quien perteneció a la Escuela de Frankfurt y que al lado de sus primeros representantes, Max Horkheimer y Herbert Marcuse, criticaban el predominio de la ciencia positivista y el grado en que ésta se había convertido en un paradigma poderoso de la ideología educativa del siglo XX y del siglo XXI. En este artículo me oriento por la tesis de que la educación debe estar enfocada hacia la emancipación (autonomía moral) del ser humano, la superación de la barbarie, la concientización y la desenajenación. El texto se centra en los siguientes problemas: a) ¿cuáles son los rasgos constitutivos de la formación humanista y emancipadora? b) ¿cómo es posible argumentar a favor de que la formación emancipadora es realmente necesaria en una sociedad capitalista que pocas veces se esfuerza en reconocer la dignidad de sus ciudadanos?

Palabras clave: Adorno; emancipación; barbarie; educación; humanismo

Humanism implies educating for emancipation, overcoming barbarism and competition

Abstract

In the present article I intend to analyze the educational conception of Theodor W. Adorno because it allows us to understand the current relevance of the concept of



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidaddecostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.



autonomous human being in the era of capitalist society. Here I recover the thought of Adorno who belonged to the Frankfurt School and who along with his prime representatives Max Horkheimer and Herbert Marcuse, criticized the prevalence of positivist science and the degree to which it became a powerful paradigm of ideology education of the twentieth century and the twenty-first century. In this article I am guided by the thesis that education should be focused on emancipation (moral autonomy), on the human being, and on overcoming barbarism, awareness and disenchantment. The text focuses on the following problems: a) what are the constitutive features of a humanist and emancipatory formation? b) How can be argued that emancipatory formation is really necessary in a capitalist society that rarely strives to recognize the dignity of its citizens?

Keywords: Adorno; emancipation; barbarism; education; humanism

Introducción

Constituye el tema central de este escrito la crítica que hace Theodor Adorno a las posturas filosóficas y educativas en general que pretenden ser “críticas” y se olvidan de que hoy en día el papel fundamental de la formación humana es mucho más importante: la de ser una toma de conciencia transformadora de las situaciones “reales” en las que se promueven la competencia, la enajenación y la barbarie como tal. Olvidar o negar esta situación, es no comprender que una de las tareas de la educación humana (fue y sigue siendo) implica superar dicha situación por medio de un proceso de liberación. Es importante enfatizar que esta perspectiva teórico-práctica tiene una enorme relevancia filosófica a nivel mundial, pues se estima que es quizá una de las filosofías más trascendentes, tanto para la filosofía de la educación como para la filosofía ético-política.¹

Bien vale la pena, por ello, ocuparse de esta filosofía adorniana, así como del análisis crítico de sus principales tesis y problemas que siguen siendo vigentes

¹ Véanse como prueba las influencias y repercusiones que tuvo la Primera Generación de la Escuela de Fráncfort en la Segunda y la Tercera generación. Pensadores tan importantes como Karl-Otto Apel, Jürgen Habermas, Claus Offe, etc., no sólo retomaron o criticaron algunas de sus principales tesis y problemas, sino que las transformaron, a su modo, para dar sentido a sus respectivos sistemas filosóficos actuales.





en nuestro continente y más allá del mismo. Adorno se enmarca dentro de lo que sería un diálogo filosófico entre pensadores que practican la “Teoría Crítica”. No obstante, Adorno expresa sus diferencias con Marcuse y Horkheimer en una selección de textos representativos de la filosofía crítica de mediados y finales del siglo XX. Debemos indicar que, si bien el tema que nos interesa es el de las críticas y propuestas de Adorno a las formas de pensamiento filosófico-educativo que no contribuyen a la superación de la competencia, la barbarie, etc., de nuestro continente y de la humanidad misma, la problemática central de este escrito será la siguiente: ¿qué puede aportar la Teoría Crítica para la resolución de los conflictos educativos, económicos, políticos y culturales que se viven en el continente y en el mundo? Esta pregunta intenta ser contestada, primero, dando a conocer brevemente el contexto histórico de la teoría crítica, pero basándonos en los aspectos más significativos. La segunda parte de mi trabajo se propone adentrarse con mayor detalle en aquellas partes de las obras que resultan temáticamente pertinentes para contestar la siguiente cuestión: ¿para qué educar y con qué objetivo se debe hacer? La tercera parte se centra en la explicación de la barbarie, la enajenación, y la competencia como principales retos a franquear por la educación humana. Por último, intentaré justificar la relevancia de la educación emancipadora hoy en día.

Podemos preguntarnos por la importancia que tiene este análisis adorniano sobre los temas que serán abordados. Sin embargo, podemos asegurar que el aumento de la violencia, las guerras, las migraciones, la usurpación del poder político, la corrupción, etc., son de la mayor relevancia para la filosofía práctica actual, pues todos aquellos que nos interesamos por cuestiones al respecto no podemos eludir el esfuerzo de comprender, por ejemplo: cómo se puede hablar de justicia, bienestar social, felicidad, etc., cuando una enorme proporción de la población mundial vive con estas problemáticas. Son varias las respuestas en juego y nuestra tarea consiste en presentar cómo nuestro filósofo realiza la crítica





argumentativa a las graves problemáticas de nuestro tiempo apelando a la formación de seres humanos cada vez más críticos. Se trata de indagar filosóficamente ciertas categorías que permitan justificar cómo la formación humana debe mejorar al ser humano, transformarlo, perfeccionarlo en todas sus dimensiones fundamentales como ser racional y político-social.

El contexto de la teoría crítica

Es importante contextualizar muy brevemente el panorama histórico-social en el que se desarrolló la teoría crítica porque nos permite comprender a grandes rasgos la postura de Adorno frente a la educación. El auge del positivismo en el siglo XIX originó de cierta forma la ideología técnico-científica dominante del siglo XX. Dicha manera de pensar transformó la concepción del ser humano, y peor aún, la visión y los objetivos de la educación. Para aclararnos un poco esta visión “cientificista” Wilfred Carr nos comenta al respecto que:

El papel de la ciencia se convertía en técnico: alimentar el razonamiento instrumental y proporcionar los métodos y los principios para resolver los problemas técnicos de la producción de resultados determinados previamente; en cuanto a la ciencia misma, se había convertido en doctrina, convencida de tener resueltos los problemas esenciales de la naturaleza de la verdad, se había reducido la filosofía de la ciencia al campo de la epistemología. Se tenía la convicción de que la ciencia había llegado a ser científicista y se creía en su poder supremo para responder a todas las cuestiones significativas. (Carr, 1998: 144)

Los grandes descubrimientos en cada una de las investigaciones físico-matemáticas impulsaban a las ciencias y la filosofía de la ciencia a intentar dar cuenta de cualquier problemática social, incluidos los problemas políticos, educativos, económicos, etc. La Física y las Matemáticas consideraban que todo el mundo podía ser explicado a partir de principios lógico-científicos. Esta visión científicista del mundo prevalecía en la sociedad moderna, pues la “verdad” era un





elemento estudiado desde las normas de la ciencia y la lógica de la dinámica racional-matemática.

Herbert Marcuse criticaba este tipo de concepción mecanicista del mundo. Según Marcuse, los hombres terminaron por aceptar que el mundo con todo y sus contradicciones sociales era lógico o racional porque la racionalidad científica así lo justificaba. Es decir, aceptaban cabalmente que el mundo se dirigía hacia el progreso y la estabilidad del mismo a partir de explicaciones científicas. Pero Marcuse aclara cómo la racionalidad humana también puede criticar esas estructuras ideológicas y legitimadoras de un estado de cosas presentadas como únicas y verdaderas. La ideología positivista limitaba la realidad a hechos dados (*factum*), y a eventos constatables empíricamente. Por tanto, la vida de las sociedades modernas se caracteriza por fines inmediatos, materiales y utilitarios porque la lógica de ese sistema promueve la búsqueda de objetivos al alcance de los más aptos y mejor adiestrados para gobernar. La racionalidad del positivismo era un tipo de racionalidad reguladora de los mecanismos político-económicos de las diferentes sociedades procurando tener el control y la manipulación de los individuos. La escuela de Frankfurt reconstruyó históricamente el uso del concepto de racionalidad con la finalidad de aclarar cómo este concepto ha sido tergiversado por los distintos discursos hegemónicos en las diferentes etapas socio-históricas de la humanidad. George Friedman afirma a este respecto:

Para la escuela de Frankfurt no es un resultado fortuito del proceso de la Ilustración que el positivismo llegue a dominar el mundo de la conciencia social. Los frankfurtianos encontraron las raíces del positivismo en Platón. Verbigracia, Horkheimer sostiene que el filósofo rey de Platón es la contrapartida teórica del ingeniero social tecnocrático moderno. La semejanza esencial reside en que tanto el soberano platónico como el burócrata procuran someter la sociedad al dominio de la razón y a la percepción racional de la verdad. Obviamente, Horkheimer reconoce la diferencia radical entre platonismo y positivismo. Platón se propone transformar el orden social para que llegue a ser una réplica del orden filosófico. El propósito del positivismo es hacer que la filosofía se someta al orden social





ya que no puede permitir que la filosofía eluda la facticidad bruta. (Friedman, 1986: 123)

Según Friedman, la mayoría de los frankfurtianos reprochaban el dominio de la sociedad por medio de un ideal de control aparentemente racional para la humanidad. El progreso, la prosperidad, el bienestar social y la armonía político-económica que profesaba la racionalidad moderna fueron muy criticados por la teoría crítica ya que la realidad social manifestaba una serie de contradicciones y desigualdades muy grandes en el mundo.

Uno de los objetivos perseguidos por la “teoría crítica de la sociedad” es la emancipación de toda la humanidad. Es decir, la sociedad de masas debe desenajenarse, desalienarse, o de otro modo, conquistar por sí misma su libertad frente a los designios e intereses que la lógica del sistema positivista capitalista le hace perseguir de manera inconsciente y muy pasiva. Martin Jay afirma que para esta teoría:

Cualesquiera fueran los medios para lograr la verdadera felicidad, ella sólo podría alcanzarse cuando la libertad también fuera universalmente conquistada. “La realidad de la felicidad”, escribió Marcuse, “es la realidad de la libertad como la autodeterminación de la humanidad liberada en su lucha común con la naturaleza”. Y como libertad era sinónimo de realización de la racionalidad, en su forma completa ambas, felicidad y razón, coinciden. (Jay, 1991: 111)

La racionalidad lógico-instrumental prevaleciente en las sociedades modernas impide mejorar las relaciones humanas entre las distintas sociedades porque la lucha de intereses personales rige la ideología del mundo actual, imposibilitando con ello la búsqueda de fines universales para transformar la vida de la humanidad. Finalmente, la teoría crítica siempre llevó a cabo una enérgica disputa contra quienes intentaban reducir y someter al ser humano a la mera facticidad. Para los precursores de esta corriente filosófica, el ser humano no está regulado por principios metodológicos, descriptivos y prescriptivos externos, sino por su propia voluntad que es inherente a los procesos de acción de la vida en sociedad. Para Max Horkheimer la teoría crítica es una práctica propiamente política desarrollada conforme a las acciones de los hombres. Para él:





La teoría crítica sólo puede ser asumida como una actividad ético-política de orden distinto al explicativo: una reflexión valorativa, en sentido positivo o negativo, de una realidad a cuyo conocimiento el crítico accede por la vía precisamente, de la teoría. Que en cuanto tal es praxiológicamente neutral y de alcance necesariamente parcial, desde luego. (Horkheimer, 2000: 17)

El objetivo de la educación

A las preguntas de para qué educar y con qué objetivo se debe hacer, Adorno responde que se debe educar para desarrollar la concientización crítica de los seres humanos. Según Adorno, en la [su] actualidad parece ser muy complicado ofrecer una respuesta que revele el objetivo de la educación en la era del capitalismo acelerado y los avances tecnológicos. Por esta misma razón considera indispensable mostrar con qué objetivo debemos educar en esta sociedad actual. Al respecto, Adorno sostiene:

Es conocida la pueril anécdota del hombre de los mil pies, que al ser preguntado cuándo movía en particular cada uno de sus pies, quedó enteramente paralizado ya no pudo dar un paso más. Algo parecido ocurre con la educación y la formación. Hubo épocas en las que estos conceptos eran sustantivos, como Hegel los hubiera llamado, esto es, resultaban inteligibles por sí mismos a partir de la totalidad de una cultura y no eran problemáticos. Hoy no lo son. En el momento en que cuando se pregunta “educación ¿para qué?” no resulta ya inteligible por sí mismo, no forma parte sin mayor dificultad de lo cotidianamente asumido y operante, todo se ve afectado por la inseguridad y exige reflexiones no precisamente fáciles. (Adorno, 1998: 94)

En la actualidad existen diferentes posturas para articular o plantear adecuadamente los objetivos de la educación. Según nuestro pensador, la solución a la pregunta ¿para qué educar? no puede ser cuantitativa ni depende simplemente de la elección de métodos, modelos guía, estrategias de aprendizaje, etc., sino de aportar las razones que permitan mejorar la concepción integral y humanista de la educación desde un ámbito completamente emancipador. Adorno quiere encontrar el objetivo por el cual es importante educar en una sociedad de



masas. Él intenta argumentar a favor de una concepción educativa que tenga por objetivo último generar seres humanos críticos capaces de inmiscuirse en las problemáticas sociales de manera libre. Según él, quienes admitan que eso es completamente irrelevante o innecesario para una sociedad actual se resisten a los verdaderos objetivos de la educación humana: “Se oponen a la idea de un ser autónomo, emancipado, tal como Kant la formuló, de modo aún no superado, en la exigencia, para la humanidad, de liberarse de una minoría de edad de la que es ella misma culpable” (Adorno, 1998: 95).

Para Adorno el objetivo de la educación es generar seres humanos capaces de pensar por sí mismos: la educación debe estar orientada hacia la consecución de sujetos emancipados. Este ideal está profundamente arraigado en el concepto kantiano de “libertad”. El objetivo de este principio es procurar que los seres humanos no se rijan únicamente por preceptos impuestos desde fuera (heteronomía), sino que por sí mismos sean capaces de articular y comprender diferentes formas de participación social. Según Adorno, la tarea de la educación es lograr y conseguir que cualquier ser humano sea capaz de actuar de manera libre en cualquier sociedad. El sujeto debe saber actuar con consciencia, con responsabilidad en la sociedad. Ese es el objetivo a conseguir para cualquier sociedad, pero con mayor razón en una sociedad democrática. Según Adorno, una sociedad democrática sin ciudadanos libres es inconcebible porque la voluntad del pueblo estaría dirigida por unos cuantos, pero no por la libertad universal como característica indispensable de la democracia. Al respecto Adorno sostiene:

Quienes defienden, dentro de la democracia, ideales educativos que apuntan contra la emancipación, o lo que es igual, contra la decisión autónoma consciente de cada persona, individualmente considerada, son anti-demócratas, por mucho que propaguen sus representaciones ideales en el marco de la democracia. (Adorno, 1998: 95)

Para Adorno el ideal de personas emancipadas no es simplemente un modelo guía meramente adaptativo, sino el principio constitutivo que rige a la





propia educación humanista. Conseguir que más personas sean libres o emancipadas quiere decir que sean capaces de dirigir sus conductas de acuerdo a principios éticos. Para Adorno existen dos problemas que pudieran impedir de alguna manera la reproducción de sujetos cada día más críticos en una sociedad, a saber: la organización del mundo en que vivimos y la ideología dominante. La razón por la que estos elementos son considerados un problema es porque ambos constituyen la forma de vida de una sociedad organizada en clases sociales que determinan una cierta actitud, adaptación y el comportamiento de las personas en el mundo. Esto impide a muchos seres humanos considerarse y realizarse como completamente libres, pues las condiciones sociales terminan por condicionar la concepción de la vida y por supuesto la de la educación.

Aunque el ser humano se adapta de algún modo a la realidad social, esto no le impide cambiarla y transformarla. La proliferación de la conformidad, la apatía y la adaptación pasiva no depende únicamente del estado de cosas impuesto por una sociedad, sino de una falta de valor personal para considerarse verdaderamente libre o emancipado: “Emancipación significa en cierto modo lo mismo que concienciación, racionalidad” (Adorno, 1998: 96). Según Adorno, la racionalidad humana pone de cara a los sujetos con la realidad social, pero también permite que reconozcan su adaptación hacia dicho estado de cosas en esa misma realidad. Sin embargo, la educación no debe únicamente preparar al sujeto para dicha adaptación, sino para la interpretación, la comprensión y por supuesto para la transformación de dicho ambiente social. La propuesta de Adorno consiste en ir transformando los objetivos de la educación desde las esferas educativo-formales iniciales, es decir desde la etapa infantil; por eso Adorno afirma:

Me parece que la tarea de procurar consciencia de la realidad, una tarea muy vinculada a la cuestión de la relación entre teoría y *praxis* no puede ser acometida, por así decirlo, al nivel universitario, sino que ha de



serlo desde la formación infantil temprana y a lo largo de toda la vida mediante una genuina educación permanente. (Adorno, 1998: 98)

Adorno considera que formándonos como sujetos libres podemos generar posturas muy diversas a favor o en contra de cierto estado de cosas en la realidad social. Pero el único modo de alcanzar este objetivo es a partir de la educación concientizadora, crítica y responsable que integre a sus educandos en la vida política de una sociedad. Recapitulando lo que hemos analizado podemos decir que: 1) según Adorno el objetivo de la educación es generar seres humanos conscientes y críticos en la sociedad; 2) la libertad constituye la esencialidad en la educación y por ello el Humanismo educativo debe estar enfocado en salvaguardarla y hacerla efectiva en la época actual. Estoy de acuerdo con Adorno en defender que el objetivo de la educación actual sea la concientización por las siguientes razones: a) dado que vivimos en una comunidad política es necesaria la participación colectiva en los asuntos de dicha comunidad; tenemos la obligación de hacerlo con el único objetivo de beneficiar a la sociedad misma. El ser miembro de una sociedad nos compromete a participar, a involucrarnos con sus problemas y soluciones, con los acuerdos y desacuerdos; b) una sociedad en la que sus ciudadanos sean indiferentes y apáticos pone en riesgo la existencia misma de la sociedad, porque los intereses de unos cuantos ejercen el dominio y la dirección de la comunidad si nadie de los demás está interesado y comprometido realmente con la comunidad política; c) la concientización nos pone en un estado de “libertad pura”. Es decir, es un estado donde cada uno puede asumir cómo debe actuar en cierta situación, pero recordando considerar y respetar la voluntad de los otros como principio rector de la conducta. Este ideal es el que pretendemos alcanzar para resolver las diferentes problemáticas sociales con un mayor grado de responsabilidad y sin ninguna imposición por parte de algún agente externo. Por estas razones, es fundamental para la educación enseñar por qué debemos comportarnos de tal o cual modo en la sociedad, por qué debemos tener ciertas actitudes de respeto ante nuestros coetáneos y por qué es necesario tener cierta



idea de la libertad humana universal y no simplemente una idea de libertad basada en el beneficio privado.

La educación contra la barbarie y la competencia

A continuación, presento dos tesis subsiguientes derivadas de la tesis principal que afirmaba como objetivo de la educación la concientización humana. Las tesis son: a) la educación debe contribuir a la eliminación de la barbarie y b) debe evitar la competencia entre los educandos. Según Adorno, el problema sobre el que versa la eliminación de la barbarie es el siguiente: ¿puede ser cambiado algo decisivo de la barbarie mediante la educación? Adorno intenta mostrar dos vías de interpretación para el concepto de barbarie. La primera tiene por objetivo poner de manifiesto a la barbarie como un “odio primitivo”, “agresión primitiva” arraigada en los seres humanos como símbolo de represión psicológica generada cultural e históricamente. La segunda interpretación de la barbarie es considerarla como “impulso natural” entre los seres humanos que permite la propia supervivencia humana frente a las demás especies animales. Aclarada esta distinción, Adorno sostiene:

Al hablar de barbarie estoy pensando en algo muy simple, en el hecho, concretamente, de que, en el estado de civilización técnica altamente desarrollada, los seres humanos han quedado de un modo curiosamente informe por detrás de su propia civilización. Y no sólo en el sentido de que una abrumadora mayoría no haya conseguido la conformación que corresponde al concepto de civilización, sino en el de que están poseídos por una voluntad de agresión primitiva, por un odio primitivo o, como suele decirse de modo más culto, por un impulso destructivo que contribuye a aumentar todavía más el peligro de que toda esa civilización salte por los aires, algo a lo que, por lo demás, ya tiende por sí misma. Impedir esto me parece algo tan urgente que subordinaría a ello los restantes ideales específicos de la educación. (Adorno, 1998: 105)

Para nuestro filósofo existen factores psicológicos y sociales que interactúan recíprocamente en la manifestación de la barbarie humana. Sin



embargo, el concepto de barbarie no sólo debe ser interpretado como acto de violencia o agresión física, aunque sí guarda una estrecha relación con ello. Cabe recordar que la teoría crítica tuvo una cercana relación con la Teoría Psicoanalítica Freudiana. Por esta razón es importante reconocer cómo Adorno tiende a relacionar un estado de barbarie con un estado completamente represivo en la vida de los seres humanos, donde las instituciones y los sistemas político-económicos juegan un papel preponderantemente represor dentro de su quehacer civilizatorio a nivel social-cultural. Por ejemplo, en la obra *Eros y civilización*, Herbert Marcuse pone en evidencia el origen de la represión cultural a causa de la llamada “horda original”:

La represión es un fenómeno histórico. La efectiva subyugación de los instintos a los controles represivos es impuesta no por naturaleza, sino por el hombre. El padre original, como el arquetipo de la dominación reforzada que marca la historia de la civilización. [...] La lucha contra la libertad se produce a sí mismo, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido, y a su vez su propia represión sostiene a sus dominadores y sus instituciones. Es esta dinámica mental la que Freud revela como dinámica de la civilización. (Marcuse, 1983: 31)

Adorno nunca indica explícitamente cómo la represión cultural o el odio primitivo contra el régimen civilizatorio son generados por la supuesta “horda original”. No obstante, es posible inferir que también estaba a favor de las ideas freudianas rescatadas por la teoría crítica para tratar de explicar con mayor profundidad el origen de los impulsos, represiones y agresiones causadas por una serie de condicionamientos institucionales y sociales. Para Adorno, la barbarie es un momento represivo en la vida del ser humano, pero, ¿cómo es posible superar tal represión por medio de la educación y cómo sabemos que una supuesta voluntad autónoma no será capaz de generar nuevos estados de barbarie en la posteridad, aunque sea de forma indirecta? Por una parte, Adorno no sostiene que la educación debe enseñar a “moderar” nuestros impulsos de agresión, y por otra parte, tampoco incita a la eliminación de las agresiones, puesto que sabe que



forman parte esencial de la supervivencia humana. Su propuesta educativa con base en la teoría freudiana dice que es necesario enseñar a “sublimar” los instintos de agresión. Sublimar los instintos salvajes o naturales quiere decir intentar canalizarlos hacia otro extremo en el cual puedan servir para otros fines que posibiliten el desarrollo de diversas capacidades de destreza o deportivas. Según él, la formación debe contribuir a la superación de la barbarie específicamente del siguiente modo:

Por lo demás, esto no deja de estar de acuerdo con el conocimiento psicológico, con lo que precisamente Freud (cuyas reflexiones sobre estas cosas, según parece, nos impresionan a ambos), defendió como teoría, a saber, que hay que contar con la posibilidad de sublimar los llamados instintos de agresión –sobre los que, dicho sea de paso, sustentó a lo largo de su vida puntos de vista diferentes–de modo que acaben por llevar, precisamente ellos, a inclinaciones productivas. Creo, pues, que a la lucha contra la barbarie, o a la eliminación de ésta, corresponde un momento de indignación, un momento al que si se parte de un concepto formal de humanidad, cabe reprochar también de barbarie. (Adorno, 1998: 107)

Por “momento de indignación” Adorno trata de dar a entender un estado de concientización en el que los seres humanos hemos sido capaces de comprender las cosas de otra manera. Es un objetivo que pretende alcanzarse poco a poco por medio de la educación a través de la enseñanza de ciertos valores éticos. Él afirma que ese estado de indignación ante cualquier forma de violencia y represión a nivel social o individual es una prueba de que la racionalidad humana finalmente se hace presente. Adorno quiere poner de manifiesto cómo la racionalidad humana está siendo consciente de las cosas que simplemente no se deben hacer porque afectan la integridad de las personas, y por supuesto, a la sociedad en general.

Según Adorno, todos estamos inmersos en el propio sistema social, por ello es imposible saber de qué modo actuaremos en un determinado momento histórico o social. Decir que nunca haremos uso de la violencia es completamente imposible,



pues las circunstancias son distintas en cada nación y contexto cultural. Por eso mismo él propone a la humanidad misma la tarea de indignarse con una situación de violencia, pues avergonzarse de ese estado de cosas es el ejemplo de que las cosas poco a poco se dirigen de acuerdo con la racionalidad y el bien colectivo. Para Adorno, la barbarie es el uso de la fuerza física en cualquier situación donde se presente la violencia o la agresividad de unos contra otros:

 Mi sospecha es que existe siempre barbarie allí donde se produce una recaída en la fuerza física primitiva, sin que tal fuerza esté en una relación transparente con fines racionales de la sociedad, esto es, allá donde viene dada la identificación con la irrupción de fuerza física. La violencia en cambio, puede ser calificada como barbarie cuando, aun dándose en un nexo transparente con la consecución de circunstancias más humanas, lleva también a situaciones coactivas. (Adorno, 1998: 108)

Según nuestro pensador, la barbarie puede acontecer hasta en las situaciones más pacíficas y organizadas, pero lo más importante que propone, es que las escuelas y la comunidad política como tal deben esforzarse por erradicar esos actos de violencia desde la etapa infantil. Cada miembro de la sociedad es responsable de actuar con mayor responsabilidad, tratando de no recurrir a la fuerza física. Cuando Adorno afirma que la educación debe eliminar la barbarie está intentando recalcar dos aspectos muy importantes. El primero es que la barbarie es producto de un momento represivo con anterioridad al acto mismo de los impulsos. Segundo, los impulsos son parte constitutiva del ser humano en el ámbito mismo de la supervivencia, pero lo imprescindible es sublimarlos, orientarlos hacia otro sector de su liberación. Adorno está intentando definir el rol de la educación a través de la enseñanza de ciertos valores fundamentales como el respeto mutuo, la valoración de las personas como sujetos, la libertad de pensamiento, la participación colectiva, etc. Nuestro autor pone de manifiesto cómo la educación puede contribuir a enseñar y corregir de manera justificada y dialógica diversas nociones ingenuas que tenemos, por ejemplo, de la libertad, de



la sociedad, de los seres humanos, etc. Adorno confía en la enseñanza de ciertas normas para mejorar la interacción humana a nivel global y siempre busca la emancipación de la humanidad por medio del compromiso social, la honestidad, etc. Por esta razón las escuelas deben procurar enseñar a sus educandos la libertad, el respeto y la responsabilidad, pues son principios que estamos obligados a asumir y realizar de manera consciente en la sociedad.

A la tesis de que la formación humanista debe promover la superación de la barbarie, se añade también inmediatamente el rechazo de una educación dirigida hacia la competencia, puesto que, según Adorno, esta educación puede promover barbarie. Adorno defiende en torno a esto lo siguiente:

Soy completamente de la opinión de que la competencia es, en el fondo, un principio opuesto a una educación humana. Creo además también que una enseñanza que discurre en formas humanas no puede tender en absoluto a reforzar el instinto de competencia. Por esa vía tal vez puedan educarse, deportistas, pero, desde luego, no personas libres de toda barbarie. (Adorno, 1998: 110)

Adorno se opone a que la competencia sea un objetivo de la educación, pues según él fomenta formas de violencia. Sin embargo, hoy en día “la competencia académica” tiene mucha relevancia en las escuelas, pues según éstas se eleva el rendimiento escolar de los alumnos. Según Adorno, la competencia añora un ideal de éxito, de triunfo, y la derrota un deseo de rencor, de menosprecio por el vencedor. La reproducción de estas prácticas educativas impiden la eliminación de la violencia humana entre las sociedades, por tanto la competencia no es muy adecuada si se pretende formar sujetos autónomos y comprometidos con los aspectos de una sociedad constituida por personas libres. La competencia puede promover barbarie, es decir, algo completamente inhumano, puesto que la competencia es una motivación para hacer tal o cual cosa sin la menor consideración. Los motivos personales abundan en la competencia de cualquier tipo (empresarial, deportiva, escolar, etc.), ya que el



individuo busca realizar con éxito todo aquello para lo cual busca una supuesta satisfacción propia. En la competencia se establecen los diferentes medios para alcanzar tal objetivo sin necesidad de recurrir a ningún tipo de valoración moral, por tanto, los principios subjetivos manipulan nuestras acciones bajo el ideal de los triunfadores y los manipuladores. Cuando actuamos por competencia, actuamos por heteronomía, tal y como Kant la definió. Es decir, para Kant los móviles de esa acción son objetivos personales, privados, y subjetivos que promueven la satisfacción de nuestros impulsos y apetencias. Para Kant, esos factores impiden considerarnos libres o autónomos, pues nuestra voluntad no se rige por sí misma, sino por los factores externos que nos exigen actuar o comportarnos de cierto modo en cierta situación y en cierta ocasión. La propuesta educativa de erradicar la competencia entre los seres humanos es muy difícil, pero es preciso reconocer eso como propiamente necesario para todos. A este respecto, Adorno afirma:

En el fondo, con educación contra la barbarie no deseo sino que el último imberbe del país se avergüence por-qué sé yo-agredir de un modo salvaje a un camarada o por comportarse brutalmente con una chica; lo que deseo es que las personas comiencen a empaparse ya en el sistema educativo de repugnancia contra la violencia física. (Adorno, 1998: 112)

La educación emancipadora

Adorno también sostiene que la educación debe contribuir a la emancipación de la humanidad. Los problemas a analizar son los siguientes: ¿qué es la emancipación?, ¿realmente somos educadores para la emancipación hoy en día? Es necesario iniciar este apartado final señalando que Adorno entiende por emancipación la interpretación que Kant ofreció de la categoría de libertad. Es decir, emancipación significa autonomía moral. Con la defensa de este concepto de libertad, nuestro autor intenta legitimar cómo uno de los objetivos en la formación humana es generar sujetos críticos y libres capaces de inmiscuirse en



las diversas problemáticas de una sociedad. Adorno defiende la autonomía moral a partir de principios morales que permitan reconocernos como libres más allá de las diferentes formas de vida en cada nación del mundo. Él considera indispensable recuperar los aportes de la ilustración kantiana para defender la libertad de los seres humanos. Estoy completamente de acuerdo con Adorno en que el fin último de la educación es generar la autonomía del educando. Eso es realmente lo más importante a conseguir en nuestras escuelas. Considero muy importante que los educandos seamos capaces de pensar por nosotros mismos porque eso posibilita que nuestras acciones tengan un cierto grado de responsabilidad. Es imprescindible generar seres humanos libres capaces de orientar sus acciones por medio de fundamentos morales que contribuyan a mejorar la interacción social entre las comunidades políticas. Así pues, la emancipación es la capacidad racional para plantearnos a nosotros mismos si una conducta como tal es dolosa o verdaderamente libre desde un estricto juicio ético.

La autonomía no es innata ni mucho menos una cualidad desarrollada en aislamiento de los demás actores sociales y políticos. La emancipación es el resultado generado por el autoconocimiento de la propia persona, pues dicho conocimiento sirve para afirmarnos como verdaderamente libres en razón de principios morales de carácter universal. Adorno es consciente de cómo las condiciones socio-políticas, familiares, educativas, etc., varían dependiendo de cada época, país, entorno geográfico, etc., pero eso no impide tratar a todas las personas como fines en sí mismos. El respeto a las diversas culturas en parte se realiza a sus usos y costumbres; pero el verdadero respeto comienza al considerarlos como personas y miembros de la humanidad misma.

Adorno es consciente de que la formación de los seres humanos se dirige de modo muy heterónomo, pues las sociedades modernas ahora sólo esperan ser educadas, representadas y capacitadas con el afán de seguir ciertas reglas,



modelos y programas bien diseñados para una adaptabilidad al propio sistema hegemónico en auge. Al respecto, Adorno crítica:

[...] la sociedad, está, por utilizar la expresión de Riesman, “dirigida desde fuera”, que es heterónoma, y al hacerlo se da sin más por probado que, similarmente a como Kant argumenta también en aquel opúsculo, las personas se tragan, más o menos sin poner resistencia, lo que el sistema, esto es, lo abrumadoramente existente, les pone ante los ojos, haciéndoles creer, además, que lo que es, porque así ha llegado por alguna razón contingente a serlo, es lo que debería ser. (Adorno, 1998: 121)

Una cuestión imposible de dejar de lado es la siguiente: ¿cómo podemos idear los medios, métodos, procedimientos, etc., que permitan el desarrollo de la plena autonomía en una sociedad regida por la heteronomía? Dicho problema es difícil de responder cuando diversos mecanismos de control social y una ideología dominante prevalecen por encima del respeto y la valoración de la libertad humana. Según Adorno, la emancipación es el desenvolvimiento del sentido crítico en los seres humanos para valorar y enjuiciar un estado de cosas al parecer infranqueables. Una formación emancipadora pretende mejorar las relaciones sociales en el mundo a partir del respeto a las personas mismas. Por tanto, no basta con apreciar las diferentes contradicciones sociales existentes en la actualidad, sino que también debemos transformarlas por la fuerza de la acción que cada sujeto puede desarrollar por sí mismo. Hablamos de emancipación cuando los seres humanos dependen de sí mismos para actuar de manera libre o moral. Adorno es muy optimista porque declara que, a pesar de todas las contrariedades existentes en un mundo capitalista, la autonomía sale avante en cada sociedad, ya que aunque progresa lentamente, siempre busca afirmarse en formas muy concretas de vida en el mundo.

Adorno enfatiza mucho el concepto de “emancipación” porque pretende legitimar una concepción de libertad constituida en la participación colectiva, el



respeto y la voluntad propia de los sujetos como tales. Él es consciente de la dificultad de dicha tarea pero eso no implica no poder alcanzarla por medio de una formación orientada al respeto mutuo y el juicio crítico, la capacidad reflexiva y la autonomía de los sujetos sociales. Es importante además rescatar el concepto de emancipación en la formación humana porque vivimos en una sociedad global en la que la mayoría de las acciones humanas se llevan a cabo por mera heteronomía. Esto impide aportar soluciones a los diversos problemas de nuestra comunidad política porque la lucha de intereses personales nos impide proponer y ofrecer alternativas más allá de la conveniencia privada. Si no comenzamos a transformar nuestra forma de interpretar la libertad humana a través de la educación humana (por lo menos entre nuestras escuelas) es imposible proponer soluciones a nivel social, pues cada quien lleva a cabo aquello que quiere y le place sin ninguna consideración ética. Así mismo, con una educación humana basada en el respeto a la dignidad del ser humano, el porvenir de nuestra sociedad mejoraría pues cada uno se valoraría y valoraría al otro como participe de una sociedad basada en la igualdad y la justicia.

Referencias

- Adorno, T. (1998). *Educación para la emancipación*. Madrid: Ediciones Morata.
- Carr, W. (1998). *Teoría crítica de la enseñanza (La investigación acción en la formación de profesorado)*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Friedman, G. (1986). *La filosofía política de la escuela de Frankfurt*. México: FCE.
- Jay, M. (1991). *La imaginación dialéctica. Una historia de la escuela de Frankfurt*. Madrid: Taurus.
- Horkheimer, M. (2000). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós, I.C.E. / U.A.B.
- Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Madrid: SARPE.

